

“ESPÍRITU DE BOSQUE”

Lucía Slater¹

Resumen

Pintar la naturaleza en toda su expresión como paisaje se convirtió en un motivo de investigación para redescubrir un sentido nuevo y personal del significado del bosque: “*espíritu de bosque*”, una unidad como armonía de sus partes.

Palabras claves: Espiritualidad, espacio, texturas, ritmo, bosques

Desde el espíritu (Foto 1)

Merleau-Ponty (1986) escribió en su obra *El ojo y el espíritu* que “es prestando su cuerpo al mundo que el pintor cambia el mundo en pintura”. Como pintora, esta verdad no está lejos de mi experiencia personal, dado que nuestro hacer diario está alimentado todo el tiempo por nuestras visiones del mundo. Cada instante de visión es una posibilidad compositiva, cada detalle del mundo es otra oportunidad para representar nuestra vida y la realidad donde vivimos.

Igualmente, Ralph W. Emerson (2016) en su obra *El espíritu de la naturaleza* nos alienta a persistir en nuestra “relación original con el universo” como artistas plásticos y visuales, y nos desafía a convertir el “fruto de nuestra visión y no de la tradición”, revelada para nosotros en la pintura, el dibujo o la fotografía.

Frente a la naturaleza, específicamente el bosque tropical de Macuya, un grupo de artistas plásticos y alumnos de arte, volcados a la investigación, aceptamos crear un registro válido artístico-plástico y visual, que develara y materializara su espiritualidad como bosque, en esa mística que le es propia. Más allá de alguna influencia mítica, de la historia o de la tradición, nos sometimos a la ilustración de las ciencias forestales y ambientales.

Nuestra visión develó las formas de los árboles, sus tallos, hojas, texturas, proporciones y medidas que ponían de manifiesto la belleza de su armonía como *espíritu de bosque*. Como formas, sus caprichosas

1 Docente de pintura en la Facultad de Arte y Diseño de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
lslater@pucp.pe



(Foto 1)



(Foto 2)

(Foto 1) SLATER, Lucía.
(Foto 2) GARRO, Katia.

estructuras se valían del claroscuro de los ritmos creados en el espacio como perspectiva; luz y sombra eran el gran estallido de color particular y personalizado por cada uno de sus visitantes.

El bosque Macuya influyó desde su modo de ser nuestro modo de ver y nos obligó a subordinar nuestra mirada de quién era y qué quería decirnos. Voluntariamente, rodeados de sus atmósferas encontramos en el diálogo de su modo de ser las una y mil formas de creatividad. Su significado mostraba la unidad de su armonía en la multiplicidad de sus partes para formar ese todo que ambicionábamos plasmar.

Cada parte era una nueva composición que tenía que ser analizada a través de la línea y el claroscuro del color como perspectiva. Solo al integrar sus partes para formar ese todo armónico entendimos su naturaleza como bosque, que produce ese particular deleite del hacer del arte que no puede ser pospuesto un instante.

La fotografía, el dibujo, el grabado y la pintura al óleo o acrílico modelaron sus partes hasta entender su horizonte, esa distancia necesaria para poder contemplar el colorido del *espíritu de bosque*. (Foto 2)

Vimos su espiritualidad en cada instante de visión armónica, vibrante y seductora. Nuestra visión no dejó de componer durante los 40 días aproximados de convivencia. Nuestra presencia en el bosque fue bañada por la luz que ordenó nuestros tiempos y espacio de creación continua. Descubrimos la complejidad del amanecer frente al atardecer, del día y la noche, convirtiéndose una vez más en instantes propios para seguir creando.

De muchos modos, sus estructuras compositivas fueron guiadas por ese logos *espíritu de bosque*, elegido para ordenar y guiar esa espiritualidad del espacio, la forma y el color. Una multiplicidad materializada que sobrepasó la idea de registros básicos para convertirse prontamente en obras de arte. Como diría Emerson, son “miniaturas, resultado o expresión” de esa anhelada materialización de ese misterio al cual llamamos *espíritu de bosque*.

Su armónica belleza radicaba en su unidad para llegar a ser “el bosque” en su forma más espiritual. Nuestra búsqueda encontró siempre ese deleite en el dibujo, la pintura y la fotografía, entre otras técnicas usadas. Nuestra espiritualidad encontró en su espiritualidad una correspondencia que fortaleció nuestro diálogo en el hacer de cada desafío. Fuimos vivificados bajo sus luces y sus sombras, y nos mostró que nuestra vida como seres humanos también está reflejada en el

logro de su temporalidad plástica y visual. Emerson nos recuerda la exhortación del apóstol Pablo a los Corintios: “Se siembra cuerpo natural, resucitará cuerpo espiritual... no es primero lo espiritual, sino lo natural; después lo espiritual” (I Corintios 15: 44; 46). Lo material, lo visible, para comunicar lo invisible, lo eterno.

Podemos decir con Emerson que encontramos “correspondencia entre las cosas visibles y los pensamientos humanos”. Damos nombre a lo que vemos; de ese modo, nuestra visión del bosque es iluminada, surgen imágenes espontáneas de cuadros, dibujos, grabados, fotografías que van vistiendo el significado de nuestra obra final. Dejaron de ser tallos, hojas, suelos, ritmos, texturas, y pronto se vestirán como obras de arte develando su *espíritu de bosque*. Materializarse, modelarse, adquirir forma plástica o visual, ese es su fin inmaterial revestido de su apariencia material final. Es receptáculo, morada de una visión que representa no solo el objeto estudiado como bosque, representa un modo de nuestra existencia como seres humanos alimentados por este *espíritu de bosque* final.

Bosque, color, armonía, todo, se encuentra a través de la espiritualidad que emerge en claroscuro de color como unidad. Mi espiritualidad, nuestra espiritualidad, se ve reflejada en la interpretación materializada en obra artística. Ahora son dibujos, pinturas, grabados y fotografías, todos develando el *espíritu de bosque*. De algún modo, estas expresiones artísticas, al igual que la pintura, son “fiel reflejo del vínculo íntimo que ha existido en las distintas épocas entre el hombre y la naturaleza”, como lo expresa Macarena Ruiz Gómez en su obra *La naturaleza como génesis de la pintura del paisaje*. De muchos modos buscamos trascender lo temporal en nuestras representaciones, crear un vínculo con el otro para hablar del bosque y su acontecer.

Un instante de visión del bosque es un claroscuro del color en imagen, materializarla es el desafío de volcar desde lo visible su trascendencia invisible e infinita pero alcanzable a través de la obra artística. No es más el bosque Macuya, ahora es el *espíritu de bosque* representado en múltiples espacios que han dado vida a nuestro sentir.

Subjetivo pero tangible, múltiple pero personalizado, visible e invisible, percibido y develado, abstracto pero materializado en *espíritu de bosque*. Vimos shihuahuacos (*Dipteryx micrantha*), quinillas coloradas (*Manikara surinamesis*), copaibas (*Copiafera paupera*), lupuna blanca (*Ceiba pentandra*), caobas (*Swietenia macrophylla*), caucho mashas, tiña quirus, moena (*Aniba amazonica*



(Foto 3)



(Foto 4)

(Foto 3 y 4) SLATER, Lucía.

meiz), palmeras, estoraque (*Liquidambar orientalis*), capironas (*Calycophyllum sprucearum*), bolaina blanca (*Guazuma crinita*) zapote-renaco (*Ficus ypsilophlebia dugand*) y cientos más de especies forestales. Se armonizaron para construir composiciones plásticas y fotográficas. Crearon espacios para dar aire a la visión de sus texturas y encontrar su propia perspectiva que le diera un lugar en el espacio. (Foto 3)

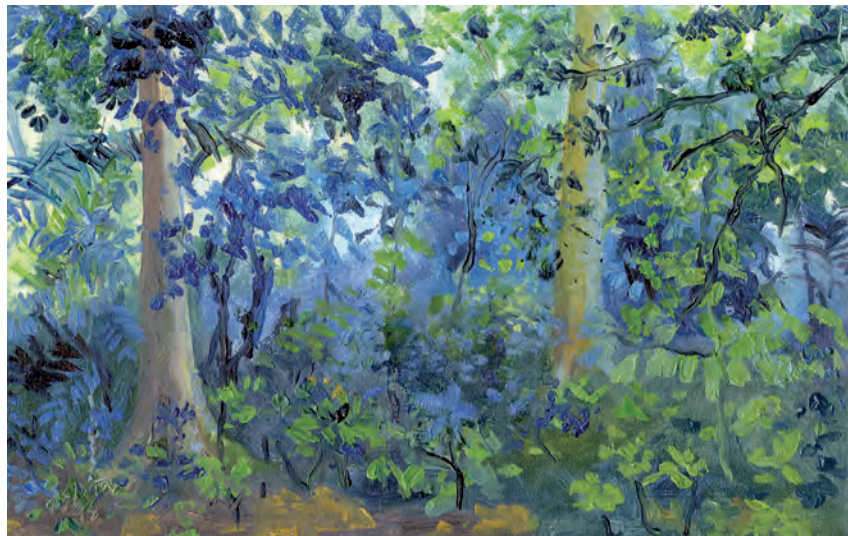
Arte del paisaje

También encontramos otras formas de acercarnos a la naturaleza, conocidas como *land art* y arte medioambiental. Kastner y Wallis (2005) nos dicen en su prólogo que “el objeto de la ciencia y el arte es el paisaje y funciona como un espejo y una lente: en él vemos el espacio que ocupamos y nos vemos a nosotros mismos ocupándolo”. Estas manifestaciones son respuestas conceptuales-artísticas relacionadas con nuestro hábitat, que se han definido como *land art*, cuyos inicios ocurrieron a mediados de la década de 1960 con obras estadounidenses. Son proyectos fundamentalmente escultóricos (creaciones tridimensionales) y de *performances* (orientados hacia el progreso, el lugar y la temporalidad). Las realizaciones artísticas se focalizan en un lugar determinado y se usan materiales del entorno para crear nuevas formas o se trasladan objetos no naturales a dichos espacios. Utilizando recursos de la antigüedad con herramientas de la modernidad mecanizada trasladan la ciudad a los desiertos. En tiempos del despertar de la conciencia ecológica cuestionan qué se entiende por progreso sociocultural y trasladan esa ambivalencia al mundo del arte frente a la tradición. Heizer, Smithson, Morris, Oppenheim, De María, algunos nombres que forman parte de esta nueva iniciativa, encontraron alternativas a las galerías o museos tradicionales y crearon al aire libre o en edificaciones urbanas. El desierto, la nieve, la tierra son los soportes utilizados en este nuevo género. Hay que cavar hoyos, abrir zanjas, pero hay un grupo de mujeres que se hizo presente desde su hacer cotidiano de lavar, limpiar, cuidar el jardín, que encajan en esta investigación artística: Ukeles, Beaumont, Harrison y Denes, entre otras, forman parte de este género ambientalista.

Llama la atención por ser un arte que surge después de la posguerra; el auge ecologista de hoy día nos hace reaccionar como un estar en la misma guerra que viene destruyendo nuestro mundo. Nuestro medio ambiente está alterado y nadie está desvinculado de esta realidad, más aún, todos vivimos las consecuencias del calentamiento global, la destrucción de los bosques, la contaminación industrial. ¿Hay algún género artístico que se inspire en ellos para concientizarnos verdaderamente de nuestra autodestrucción? Ya no es el desierto



(Foto 5)



(Foto 6)

(Foto 5) SILVA, Brian.
(Foto 6) SLATER, Lucía.

actual al cual acudir, son más bien los bosques que se están convirtiendo en desierto. Tal vez a ese arte llamado arte ecologista podríamos seguir encaminando nuestras representaciones para poder remediar en algo el daño hecho a nuestros bosques. (Foto 4)

Cómo defender los siglos de crecimiento materializado en las alturas y fuerza orgánica de un shihuahuaco. Alguien dijo que su nombre significa “corazón de piedra”. La fuerza de sus brazos mostrada como la copa de su tallo es abarcador, por ello no intervenimos su hábitat para dejarlo crecer también en nuestra memoria. Participamos del bosque, nos sumergimos en él hasta palpar su espiritualidad. Al igual que un shihuahuaco, la presencia de una quinilla colorada casi azul nos detiene a contemplarla. Y así, cada uno de ellos, caobas, cedros, moenas negras, zapotes renacos, catahuas, caucho mashas, copaibas, pashacos quillosa, sangre de grado, estoraques, huyaruros, ishpingos, palosangre negro, mashonaste, cumalas blanca, capirona, bolaina blanca y el más duro llamado tanque. Con todos ellos hemos configurado nuestro *espíritu de bosque*.

En su espiritualidad encontramos nuestra dualidad entre el bien y el mal, magia y horror, deleite y dolor, crecimiento y comercio, crecimiento y depredación, libertad e intereses, protección y destrucción. Como artistas no vivimos una posguerra como los artistas antes mencionados, pero vemos un horizonte cada día más urbano. Nuestra presencia busca registrar toda su dinámica como bosque, que despliega su riqueza ante nuestros ojos de artista. Nuestra búsqueda no interviene su espacio, no inserta objetos que recreen obras con pretensiones artísticas. Pero estamos lejos todavía de que nuestro accionar despierte la conciencia del público. Registrar su dinámica transformó nuestra búsqueda en un encuentro espiritual y trascendente de nuestros sentimientos.

Según Heartney (2008), encontramos esas “imágenes para dar forma a esa fuerza invisible” del bosque (p. 266). Su corporeidad y la nuestra se pueden reflejar en esa urgencia de trascendencia espiritual. (Foto 5)

Su mística se sustenta en el colorido de sus formas en el espacio, esa perspectiva densa casi sin horizonte que sobrecoge nuestra visión. Es, en definitiva, el hacer de nuestro arte y modo de dar existencia a nuestro sentir, a nuestros deseos, sueños y fantasías, que ese espacio llamado bosque se traduce como *espíritu de bosque* por un tiempo. Pero no estamos lejos del sentir de aquellos artistas en su compromiso por regenerar los suelos deforestados, también queremos adelantarnos a su destrucción, registrar la poderosa

fuerza de los árboles con sus cientos de años, vividos, será nuestra audacia pintarlos, dibujarlos y grabar sus texturas para que permanezcan. Más que recuperar la tierra originaria o el bosque original, luchamos con nuestros lápices, pinceles, lienzos para guardar su apariencia original: un bosque primario con toda su pureza y belleza.

Preferimos una visión del bosque al de una chacra sembrada. Nuestra visión corresponde a esa necesidad de poseer, como afirma el texto bíblico: “si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará en luz”. (Mateo 6:22 b). Esa es nuestra experiencia de *espíritu de bosque*, vimos luz y todo nuestro ser ha sido iluminado por su dinámica, su crecimiento, y ha creado nuestra urgencia por transformar nuestra visión en pintura, dibujos, etc. Su magia ha transformado nuestro sentir, desnudándose ante nuestros ojos en estructuras rítmicas cual música a nuestros ojos y oídos.

Finalmente, el bosque es para el artista plástico un modo de vivir pintando su unidad forjada por cada una de sus partes hasta llegar a ser un todo transformado en pintura, animado a interpretar el *espíritu de bosque* como su primera plenitud vívida a través de sus pinceles. (Foto 6)

Bibliografía

Emerson, R. W. (2016). *El espíritu de la naturaleza*. <http://files.bibliotecadepoesiacontemporanea.webnode.es/200000114-7142571c08/Ralph%20W.%20Emerson.pdf>

Heartney, E. (2008). *Arte & hoy. Arte & espiritualidad, el renacer de la trascendencia*. London: Phaidon Press Limited.

Kastner, J. y Brian, W. (2005). *Land art y arte medioambiental. Prólogo*. Phaidon Press Limited.

Merleau-Ponty, M. (1986). *El ojo y el espíritu*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

Ruiz Gómez, M. E. M. (2005). *La naturaleza como génesis de la pintura del paisaje*. Aranjuez: CES Felipe II, UCM Bellas Artes. Recuperado de <http://www.cesfelipesecondo.com/revista/articulos2005b/humanidades2.pdf>.